

Un mundo en transformación: la Ilustración, los jesuitas y el ámbito educativo

a fines del siglo XVIII

■ Adriana Ortega Zenteno*

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII la importancia y el espacio concedidos a la educación en la sociedad novohispana se amplió gradualmente: mientras en el pasado se había discutido sobre educación, principalmente desde un punto de vista religioso y por boca de religiosos, los hombres de la segunda mitad del siglo XVIII tradujeron el debate a términos seculares.

El debate iniciado por los ilustrados contribuyó en la Europa dieciochesca a la definición de un nuevo objetivo: una educación elemental más uniforme y difundida. A partir de este siglo la palabra «educación» comenzó a estar en boca de muchos sectores de la sociedad y entonces salió del ámbito reservado a los discursos especializados de clérigos y funcionarios especialistas, a otros espacios de la vida cotidiana.

A ello contribuyó la poderosa red de escuelas jesuíticas ramificadas a lo largo de dos siglos hasta cubrir toda Nueva España. Esta red educativa transformó en gran escala factores de orden social, cultural y económico de la sociedad novohispana por más de 200 años hasta su expulsión en 1767.

El momento fue muy importante pues la educación entraba a partir de ese momento en la gran historia política de las ideas, las instituciones y la formación de los Estados. El programa en que se reconocían los ilustrados giraba en torno a un punto fundamental: la de una educación que a partir de ese momento pretendió ser extensiva y que poco a poco fue concebida como un deber público y no como una agregación de módulos formativos para grupos exclusivos.

Durante la Ilustración la escuela fue por primera vez reconocida como instrumento para la realización de la unidad de una nación al consolidar en una comunidad cohesionada, diferentes constelaciones de individuos. Era la primera vez que se atribuía al Estado el cometido y el privilegio de dirigir un sector de la vida social que se había convertido en elemento clave.

* Investigadora del Centro
Ignaciano de Formación
Humanista, UA León
adrianaoz@hotmail.com

Por otra parte, la aparición de una nueva filosofía del ser humano y de la naturaleza a partir de las nuevas propuestas de la ciencia, abrieron perspectivas al fundamento educativo. La teoría empírica del conocimiento contenía en sí los gérmenes de una revolución pedagógica. Si en el momento de su nacimiento se concebía al individuo como una «tabla rasa», cuyos contenidos morales e intelectuales derivarían de la experiencia sensible, la educación veía como su cometido modelar a los individuos y los límites se ampliaban.

Nunca antes habían existido tantas obras ni tantas propuestas en Nueva España sobre esta materia. Junto a las escuelas de gramática latina, un paso entre los cursos superiores y las formas de saber más elementales, existían las escuelas parroquiales, diseminadas sobre todo en áreas rurales y dirigidas en primer lugar a la enseñanza de la doctrina cristiana y la lectura.

En el marco de la Ilustración se introdujeron innovaciones formales en los colegios: se estableció por primera vez la distribución de los alumnos en clases, se impuso la especialización del conocimiento y se generalizó la predilección por el estudio de la lengua y de la cultura latina que se identificaron con las humanidades. Los cursos de gramática culminaban con la retórica, disciplina formadora de la mente y capaz de inculcar hábitos de moralidad.

Los colegios como espacios de transformación

En este contexto la función que se le podía confiar a los colegios de la Compañía era la de plasmar una nueva humanidad conforme con los modelos más optimistas y utópicos de la modernidad. Los jesuitas fueron en este momento los representantes de los nuevos paradigmas y recogieron las ideas de su tiempo para aplicarlas de una manera práctica.

La Ilustración trajo implícito un proyecto reformador y los jesuitas lo hicieron propio en el siglo XVIII y así transformaron conciencias. En este tiempo, el mundo moral y religioso del hombre novohispano cambia de parámetros. Se empezó a afirmar y a afianzar la convicción de la existencia de un modelo de hombre más consciente de sí y de su entorno. El fin del hombre ya no sólo se encuentra más allá de la muerte, en un futuro trascendente, sino aquí y ahora, entre sus semejantes. El hombre, para el jesuita del siglo XVIII, tenía que confiar en sí mismo y en su perfectibilidad, en su acción sobre el mundo. Se hizo militante para reformar las instituciones e instruir a la sociedad. El ideal moral no sólo consistía ya en la preparación de una vida futura, sino en el ordenamiento de la realidad terrestre y para ello estudiaba y se preparaba: para transformar los pueblos y las ciudades en las que vivía.

De esta manera y siempre dispuestos a acomodarse a las circunstancias, los jesuitas pasaron de la preocupación exclusiva por la formación universitaria de los miembros de su orden, a la organización sistemática de los estudios destinados a los seglares. El modelo educativo y los métodos pedagógicos seleccionados correspondieron en principio al humanismo cristiano; posteriormente, la Contrarreforma y el movimiento ilustrado contribuyeron a definir el estilo propiamente jesuítico.

La escritura, el instrumento de la modernidad en manos jesuitas

En el siglo XVIII novohispano el aumento de la población urbana, el dinamismo de las actividades económicas y la articulación de las estructuras sociales contribuyeron a aumentar el valor de uso de la cultura escrita. En todas las comunidades en las que se asentaron los jesuitas ayudaron a transformar individuos utilizando la escritura, plasmando sus reflexiones, sus conocimientos en libros y bibliotecas. En sus aulas, en sus corredores se formaron individuos y se consolidaron grupos que llegarían a ejercer un liderazgo, tanto intelectual como empresarial y político. Ciudadanos y vecinos incorporados en sus comunidades para transformarlas.

La Compañía de Jesús fue consciente de la importancia que tenía el libro en la difusión del pensamiento

Con los libros, además de otras herramientas, los jesuitas del siglo XVIII formaron ciudadanos y vecinos que cambiarían más adelante a sus propias comunidades. La increíble producción reflexiva, literaria y científica de los jesuitas en ese siglo nos habla del amplio sistema de circulación de ideas, de conocimientos y de experiencias que esta orden desarrolló en su labor educativa y misional; también da cuenta de la premisa jesuita sobre el dominio de un nivel de excelencia en las disciplinas científicas y humanísticas como recurso indispensable para llevar a cabo su tarea.

La Compañía de Jesús fue consciente, desde sus inicios, de la importancia que tenía el libro en la difusión del pensamiento y en su labor de expansión de la doctrina católica por el mundo.

Los jesuitas y la formación de la conciencia nacional

Durante el tiempo que estuvieron en Nueva España, los jesuitas despertaron y promovieron no sólo el interés por los estudios, sino el cuestionamiento humanista de la realidad a través de los mismos. Su influencia en la sociedad colonial y sus planteamientos resultaron una afrenta para el despotismo de la corona española que se sintió amenazada y acusó a la orden de antiregalista. Su liberalismo intelectual promovió en los colegios, la reflexión, la investigación y la enseñanza en forma diferente a la tradición escolástica.

Fue a mediados del siglo XVIII cuando Nueva España pudo percibirse a sí misma dentro de un espíritu nacionalista y, de manera explícita y consciente, los jesuitas fueron los primeros representantes de estos novedosos enfoques. En todos los colegios jesuitas su visión se plasmó en los estudios. Nuevos planteamientos filosófico-teológicos fueron asumiéndose cada vez más en los estudios bajo la premisa de utilizar la acción del hombre, la ciencia y el aprendizaje para transformar las circunstancias en mundos posibles.

Espacios educativos, libros, doctrinas y nuevas ideas de trabajo y transformación estuvieron en juego y en la mesa de quienes asistieron a aulas jesuitas del siglo XVIII. Así se fue conformando la identidad americana primero y a la mexicana después. En principio era importante ir a las raíces conscientes de lo que somos, aprender nuestros lenguajes; indígena, maestro, criollo, hacendado o mayordomo deben aprehender su forma y su entorno para actuar en él. Aprender lenguas significaba entonces entender al otro, vincularse a sus signos.



Francisco Javier Clavijero (1731-1787) fue uno de los más importantes exponentes de estos principios; fue de los primeros filósofos jesuitas que empezaron a enseñar un curso completo de filosofía moderna en las escuelas jesuitas de Nueva España. Clavijero se introduce en el debate entre Viejo y Nuevo Mundo para enaltecer las dotes americanas y su noción de «patria mexicana» en pleno siglo XVIII, su fina apología de lo nacional frente a lo europeo, su defensa de la libertad y de la igualdad de los seres humanos lo hacen un personaje líder en estos planteamientos de construcción de la identidad nacional.

Los jesuitas no tuvieron suficiente tiempo antes de su expulsión en 1767, pero desde un principio conformaron una cultura criolla y un sentimiento propio y enseñaron a muchos futuros mexicanos con estos planteamientos

Conclusiones

La mayoría de los historiadores especialistas en el tema afirman que la «ciudadanía» es un componente fundamental del Estado-nación «moderno». De hecho, algunos sostienen que el proceso de transición de súbditos de la Corona a ciudadanos nacionales constituyó la gran revolución atlántica de finales del siglo XVIII y principios del XIX. En esta «revolución moderna» participaron los jesuitas de fines del siglo XVIII en varios pueblos y ciudades novohispanas.

Para los jesuitas, la educación en las escuelas, el aprendizaje de la doctrina, la instrucción elemental, la introducción del indio al castellano y la formación para el trabajo eran un fin comunitario, eran tareas de transformación en el proceso de integración de comunidades. A través de los espacios educativos y de las misiones, los jesuitas contribuían a «formar ciudadanos» integrando y conformando espacios comunitarios con los «vecinos» que se iban asentando en los pueblos y congregaciones de misión. Al mismo tiempo que enseñaban la doctrina y construían escuelas, hacían casa, misión, comunidad, construían iglesias, espacios de trabajo y obras de infraestructura como puentes y obras hidráulicas.

La evangelización comenzó a plantear problemas y polémicas desde el siglo XVI; la alteridad americana planteó supuestos y reflexiones con respecto a la naturaleza de los individuos y



con respecto a las formas del trabajo misional. Representantes de la modernidad y con el arma de la escritura, los jesuitas fueron reflexionando sobre la marcha y su llamado a transformar a través de la misión y los colegios se fue especializando; su claro interés etnográfico y su extraordinaria adaptación a nuevos mundos entró en diálogo con sus conocimientos científicos y sus reflexiones filosóficas y teológicas.

En todas las comunidades en las que se asentaron, los jesuitas contribuyeron a transformar individuos utilizando el ejemplo, el trabajo, la música, el arte y la escritura. Los jesuitas se plantearon el problema de cómo formar americanos católicos, pues para ellos la transformación implicaba el trabajo misional y educativo en todas sus manifestaciones. ■

■ REFERENCIAS

Bangert, William (1981) *Historia de la Compañía de Jesús*. España: Sal Terrea.

Decorme, Gerard (1941) *La obra de los jesuitas durante la época colonial, 1572-1767. Compendio Histórico*. Dos tomos. México: Antigua Librería de Robredo de José Porrúa e hijos.

Ferrone, Vicenzo y Danielle Roche (coords.) *Diccionario histórico de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial.

Gonzalbo Arizpuru, Pilar (1989) *La educación popular de los jesuitas*. México: UIA.

Monterrosa, Mariano (1986) «La evangelización». En *Historia de México*. Tomo 7. México: Salvat.